B.

Obras de Quevedo

Ramon de Valladares y Saavedra

LAS OBRAS DE QUEVEDO,

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA LIBREMENTE A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

Representada por primera vez en el teatro del Instituto el 11 de Junio de 1853.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

AL SEÑOR DON JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN,

en prenda de amistad

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

PERSONAS.	ACTORES.
AMALIA.	DOÑA AMALIA MARTINEZ.
MATILDE.	DOÑA ANTONIA SEGURA.
CARLOS.	DON JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.
UN CRIADO.	

La escena pasa en Madrid, en la casa de Don Cárlos.
1853.

Bernardino Martin

ACTO UNICO.

Un salon amueblado elegantemente.—Puerta principal al fondo, que cierra hácia dentro, y cuya llave estará puesta en la cerradura.—Puerta lateral á la derecha en segundo término que conduce al gabinete de Cárlos.—Puerta lateral á la izquierda del espectador, que dá al cuarto destinado á Amalia.—En primer término, á la derecha, una chimenea junto á la cual hay un velador, y encima de este una almohadilla de labor.—Confidente pequeño en primer término, frente al público.—En primer término á la izquierda, y tambien frente al público, una mesa de despacho con tintero, plumas, papel, lacre, cuchillo de marfil, sobres etc.—En la antecámara, al fondo, una banqueta.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE.—AMALIA.—UN CRIADO.

AMALIA. Querida Matilde!

MATILDE. (*Entrando por el fondo.*) Querida Amalia!

AMALIA. (*Al criado que trae maletas y cajas y se entra á la izquierda.*) Ponga usted el equipaje de esta señora en la habitacion del jardin.—Llegas ahora mismo de Cádiz?

MATILDE. La primera visita ha sido para tí.

AMALIA. Por supuesto completamente restablecida, para volverte á admirar en la escena?

MATILDE. (*Se quita el sombrero y manteleta, y los coloca encima de la mesa.*) Lo primero, sí... lo segundo, lo dice tu buen deseo.

AMALIA. Te quedarás á vivir con nosotros?

MATILDE. Qué diria tu marido que no me conoce?

AMALIA. Aun cuando su ninguna aficion al teatro ha sido causa de que nunca te haya visto, tu enfermedad le ha interesado, y desea conocerte.—Estará en su cuarto... Voy...

MATILDE. No... quiero que le prevengas antes... ya ves!.. como existen todavia ciertas preocupaciones con respecto á los actores...

AMALIA. Preocupaciones en la casa de don Cárlos Quevedo? (*La trae al primer término.*) Mi marido es el gran regenerador del siglo...

MATILDE. Esplícate...

AMALIA. Cuando me casé, hace dos años, Cárlos era sencillamente un propietario; pero se le ocurrió el año pasado la fatal idea de ir á Paris, y habiendo oido allí á los socialistas, y especialmente á los oradores del club llamado de las mujeres, se ha trastornado su cabeza hasta tal punto, que se figura ser el Ante-Cristo.... Anda de este modo (*Atraviesa la escena en una actitud escéntrica.*) Se pone así... enseña el puño cerrado á la naturaleza entera, y por colmo de desgracias escribe unos folletos!.. Es verdad que la censura los prohibe: pero como la prohibicion es un nuevo aliciente para el público, sucede que en vez de venderse á cuatro reales, se pagan á peso de oro, y germinan, que es un contento, sus fatales ideas.

MATILDE. Pero qué es lo que quiere?

AMALIA. En la sociedad en que está, cada uno tiene su mision; este sostiene la expropiacion; aquel propala la igualdad absoluta; y mi marido se ha encargado de la abolicion del matrimonio, que, segun él y ellos, es la institucion mas inmoral y tiránica que se conoce.

MATILDE. De modo que no te quiere?

AMALIA. Muchísimo!.. esto es lo que no se concibe; su corazon es escelente... su cabeza es la que se estravía. No le faltan ni talento ni ingenio; pero una

vez presa de sus ideas ridículas... Ah! si conocieses las obras de Quevedo!...

MATILDE. De Quevedo, el célebre poeta antigüo?

AMALIA. No: de Cárlos Quevedo, mi marido. Mira: en este momento escribe sobre la libertad del amor, y la emancipacion de las mujeres.... Figúrate cómo lo pasaré.

MATILDE. Ah! es preciso curarle.

AMALIA. Cómo?

MATILDE. Con la homeopatia moral... Ya verás!

CARLOS. *(Dentro.)* No es posible! *(A estas palabras, Matilde recoge sus efectos de la mesa, y Amalia se acerca al gabinete de Cárlos.)* Llevo escritas hoy cien cuartillas, y mi cabeza arde!!

AMALIA. Vas á conocerle...

MATILDE. *(A media voz.)* Despues...

AMALIA. Por qué?

MATILDE. Ya lo sabrás! En donde me hospedas?

AMALIA. *(Indicando la puerta izquierda.)* Ahí... en la pieza inmediata.

MATILDE. *(Bajo y de prisa.)* Tiene otra salida?

AMALIA. *(Vivamente.)* Que dá á la escalera.

MATILDE. Soberbio!

AMALIA. *(Vivamente.)* Aquí viene.

MATILDE. Sígueme. *(Salen de prisa por la puerta izquierda.)*

ESCENA II.

DON CÁRLOS: *sale del gabinete con bata elegante, y papeles.—Despues* AMALIA.

CARLOS. No es posible vivir de este modo!.. La sociedad camina á paso de gigante al precipicio, y es indispensable que las ideas nuevas reemplacen á las viejas, y que se atajen los vicios, no en sus efectos, sino en sus causas.

Qué la amistad y el amor?
Qué la virtud y el cariño?
Mentida ilusion de niño...

Como dijo muy oportunamente el gran Espronce-

da, y antes que él, el incomparable Byron!.. (1) Las mujeres engañan pérfidamente; los amigos son el sarcasmo de tan santa palabra; los hombres políticos... doblemos la hoja y concluyamos este folleto... *(Se sienta á escribir. Momento de silencio.)*

AMALIA. *(Se adelanta de puntillas.)* (Quiera el cielo que el plan salga bien! Qué estará haciendo?)

CARLOS. *(Leyendo.)* »Y tú, mujer dulce y poética, tú á quien la esclavitud social encadena, como los grillos á un encarcelado, sé libre desde ahora, y marcha al par del hombre... marcha, porque yo te liberto!...»

AMALIA. (Vuelve á sus locuras.)

CARLOS. *(Escribiendo.)* El hombre!.. Qué es el hombre! Un animal estúpido... que al casarse... toma una mujer... No, no... que al casarse... no toma mujer, sino para condenarla á educar sus hijos... Es un... un... un tirano! *(Amalia viene á recostarse en el respaldo del sillon de Cárlos.)*

AMALIA. (Volvedle el juicio, Dios mio!)

CARLOS. *(Continuando.)* «Pretender que su esposa le ame á él esclusivamente, es un egoismo!.. Creer que él solo basta á la felicidad de su compañera, es una imbecilidad!... El amor de la mujer es una llama volcánica, que nunca podrá estinguir el aliento glacial de un marido...»

AMALIA. Pero es posible, Cárlos?...

CARLOS. Ah! estabas ahí... Mira, vete... vete... Creo que el niño está llorando...

AMALIA. No quieres que me embeba en tus ideas?

CARLOS. No es eso; sino que necesito acabar al momento este folleto para enviarlo á Constantinopla.

AMALIA. Para qué?

CARLOS. El Oriente, esa mansion de los harenes, ese antiguo *boulevard* de la esclavitud de la mujer, es un pais que quiero civilizar tambien.

AMALIA. Siento mucho repetírtelo, Cárlos; pero yo no puedo vivir así: esas ideas...

CARLOS. Estas ideas son las llamadas á hacer la felici-

(1) Léase BAIRON.

dad del globo: mi mision es regenerar la humanidad, remover el universo!...

AMALIA. Con una pluma de ave!...

CARLOS. Pero cuántos contratiempos me esperan!... Ayer mismo me avisaron que iban á venir á mi casa con el objeto de degollarme!

AMALIA. Ay! es lo único que nos faltaba!

CARLOS. Nada me detendrá; predicaré la libertad del amor y la emancipacion de las mujeres, sobre las ruinas de ambos mundos!

AMALIA. Haz lo que quieras con ambos mundos!—¿Vienes á desayunarte?

CARLOS. Desayunarme yo?..

AMALIA. Nuestro hijo espera y...

CARLOS. Bien... desayúnate con tu hijo... desayúnate... (Mujer prosáica!)

AMALIA. (Me decido á aplicar el remedio.) (*Váse por el fondo.*)

ESCENA III.

CARLOS.

Qué desgracia que una mujer tan aceptable tenga un alma tan paleta!... Escelente corazon, escelente naturaleza, pero de imaginacion, de poesía, de fuego sagrado, tanto... como un profesor de matemáticas. (*Se sienta á escribir.*) Concluyamos el folleto.

ESCENA IV.

CARLOS.—MATILDE, *en trage de jóven muy elegante.*

MATILDE. El señor don Cárlos Quevedo?

CARLOS. (Quién será el imprudente...)—Servidor de usted.

MATILDE. (*Adelantándose.*) Ah! con que es al célebre don Cárlos Quevedo, al elocuente defensor de las desgraciadas víctimas de la civilizacion, á quien tengo el insigne honor de hablar?

CARLOS. (*Levantándose.*) Al mismo.

MATILDE. Ah! usted dispense, caballero; pero no puedo refrenar esta emocion profunda... Al verme frente á frente con el hombre, cuyo estilo sublime me ha impresionado vivísimamente, esperimento una cosa... así... como... respeto!... admiracion!...

CARLOS. Es usted demasiado indulgente.

MATILDE. Es un homenaje altamente merecido. *(Saca una petaca.)* Fuma usted?...

CARLOS. No, gracias!

MATILDE. Qué lástima! *(Vuelve la butaca hácia la chimenea, y se sienta.)* Siéntese usted!

CARLOS. Estoy bien.

MATILDE. El tabaco es el décimo de los vicios que poseo. *(Enciende un fósforo y con él el cigarro.)*

CARLOS. Sí... cuando se ha vivido mucho, y se ha corrido el mundo... *(A una bocanada de humo, tose Carlos.)*

MATILDE. Le incomoda á usted el humo?

CARLOS. No; no señor.

MATILDE. Pero siéntese usted! con franqueza!

CARLOS. Gracias! *(Acerca una silla, pero se queda en pié.)*

MATILDE. Caballero, está usted viendo en mí... Pero hombre, siéntese usted, que me da fatiga. *(Se sienta Cárlos.)* Digo que vé usted en mí un jóven huérfano y rico, cuya única ocupacion es pasear, y tirar dinero á manos llenas.

CARLOS. (Bonita ocupacion!)

MATILDE. Manejo las armas como pocos, y miro la vida con un completo desden...

CARLOS. (Pues no tiene el diablo por donde cogerlo!)

MATILDE. Mi carácter es tan impetuoso, que me bato cinco ó seis veces por semana, por el gusto de saltar un ojo, ó romper una pierna... *(Mira á Cárlos fijamente: despues se ocupa en prender dos ó tres fósforos que le quedan para encender el cigarro.)*

CARLOS. (Ah!... este es el que me han dicho que vendrá á cortarme el pescuezo!) Pero caballero... con qué objeto...

MATILDE. Vá usted á saberlo.—Voto al demonio! Se acabaron los fósforos!... Ira de Dios! *(Despues de*

buscar por todas partes, coge un papel de la mesa, lo rompe, lo enciende en la chimenea, y con él el cigarro.

CARLOS. *(Se levanta.)* Qué está usted haciendo...

MATILDE. *(Con fiereza.)* Eh?...

CARLOS. (Ay!... qué ojos!)

MATILDE. Ahora que somos amigos... *(Se sienta en el escritorio fumando.)*

CARLOS. Oh! sí, íntimos... Cómo se llama usted?

MATILDE. Arturo, Augusto, Federico de San Julian. *(Se sienta á caballo en la silla que tuvo Cárlos.)* Como decia, ahora que nos conocemos perfectamente, voy á participar á usted el objeto de mi visita.

CARLOS. Lo espero hace tiempo.

MATILDE. *(Se levanta y tira la silla.)* Pues bien, querido; deseo ser colaborador de usted.

CARLOS. (Diablo de pollo!)

MATILDE. Usted hace una guerra mortal á las antiguas creencias respecto al matrimonio, y esto me conviene.—Trastornaremos, destruiremos, reedificaremos juntos... yo no tengo nada que hacer, y con eso me ocuparé en algo. Usted quiere emancipar á las mujeres?... soberbio proyecto!... que me encanta, y que le ayudaré á realizar.—Usted quiere establecer el divorcio?... perfectamente!... Me agrada tanto mas, cuanto que estoy enamorado... Oh! furiosamente enamorado de una mujer casada!

CARLOS. (Aprieta!)

MATILDE. *(Le coge del brazo y pasea con él.)* Figúrese usted, querido, una mujer encantadora á quien he conocido en Variedades una noche que representaban la *Adriana*... yo estaba á su lado...

CARLOS. Mi mujer se ha empeñado en llevarme, pero como á mí no me gusta el teatro...

MATILDE. *(Parándose y cogiéndole ambas manos.)* Mi hermosa Dulcinea se quejaba con una amiga suya de que tenia un marido que en todo pensaba menos en ella, y entonces me dije: «esta pobre mujer no puede permanecer eternamente atada al destino de un hombre tan cruel.»

CARLOS. Y dijo usted muy bien.

MATILDE. No es verdad? En su consecuencia, la hice la córte.—Una mujer jóven, bella, espiritual y adorable, asociada á una especie de mandarin estravagante para conducir la pesada locomotora del matrimonio!

CARLOS. La locomotora se descarrilaria...

MATILDE. O saltaria...

CARLOS. O no andaria...

MATILDE. Es evidente.

CARLOS. Incontestable.

MATILDE. Ah! *(Le dá vigorosamente en la espalda.)* estaba muy seguro de que usted seria de mi opinion.

CARLOS. (Es alegrillo!)

MATILDE. Tambien he convencido á mi dulce tormento para que venga aquí hoy á las doce.

CARLOS. Cómo! á mi casa?

MATILDE. Sí, á su casa de usted.

CARLOS. (El mozo es franco si los hay!)

MATILDE. De este modo oirá las doctrinas de usted; y ellas triunfarán, á no dudarlo, de sus menores escrúpulos.

CARLOS. Ah! con que tiene escrúpulos?

MATILDE. Es tan jóven, que vacila aun en huir conmigo... Ya comprenderá usted que no lo siente por su marido.

CARLOS. Por supuesto.

MATILDE. Puede sentirse alguna vez el separarse de un marido?

CARLOS. Jamás?

MATILDE. Dígame usted, debo simplemente robar á la mujer, ó antes matar al marido?

CARLOS. Diablo!.. Pues no vá usted muy allá...

MATILDE. (*Con aire de maton.*) Es decir que me rehusará usted sus consejos? Pertenecerá usted por ventura á esa secta de escritores sin conciencia y sin convicciones, cuya pluma complaciente y servil...

CARLOS. Basta, caballero, basta. *(Vivamente.)* Sepa usted que mi pluma es fiel esclava de mis pensamientos y que nunca... lo oye usted?.. nunca, ha trazado una palabra, una sola, que no sea la espresion verdadera y meditada de mis mas íntimas convicciones.

MATILDE. Ah! toque usted esos cinco!... Ahora, dígame usted si debo simplemente robar á la mujer, ó antes matar al marido.

CARLOS. (Dale bola!) Primeramente... ama á usted esa mujer?

MATILDE. Oh! me adora.

CARLOS. Y el marido en cuestion ama á su mujer?

MATILDE. No señor; la olvida completamente.

CARLOS. Ah! entonces.... Esos maridos hacen cuanto pueden para ser...

MATILDE. Y lo son!..

CARLOS. Y cuando la tempestad estalla sobre sus cabezas, se lamentan y gritan contra lo frágil de la virtud de las mujeres... Imbéciles!... oh! merecen muy bien...

MATILDE. No es verdad que lo merecen?

CARLOS. Amigo mio, si ese hombre olvida realmente á su mujer, usted por su parte no la olvide.

MATILDE. Tranquilícese usted...

CARLOS. Y ademas, le aconsejo que si ese... marido se incomoda...

MATILDE. Le convide á dar una vuelta por el canal, y á que sable en mano... una... dos... zís... zás.— Le juro á usted que no volverá á Madrid.

CARLOS. No... no!.. caramba!.. usted es una pólvora!

MATILDE. Es el medio mas seguro.

CARLOS. Hay otro mas humano, y sobre todo mas infalible. Déle usted á leer mis obras... mi *Emancipacion de las mujeres*, especialmente, y allí verá que es una locura en el hombre exigir de su compañera un amor eterno.

MATILDE. Positivo!

CARLOS. Que es una puerilidad inaudita creer que la fidelidad sea indispensable al reposo, y á la felicidad del matrimonio.

MATILDE. Una verdadera puerilidad.

CARLOS. Que un hombre realmente superior debe sobreponerse á todas esas miserables costumbres rutinarias, y aplicar su inteligencia á comprender lo que el vulgo cree insensato é ininteligible.

MATILDE. Eso es claro como la luz del gas.

CARLOS. Mas para convencerla de repente, y familiarizarla con su nueva posicion, hágala usted leer

primero mi *Tratado moral de divorcio.*—Acepte usted, (*Yendo á la mesa.*) mi noble amigo, este ejemplar lleno de acotaciones, todas de mi puño y letra...

MATILDE. Gracias, gracias! Haré que lo lea el marido.

CARLOS. El capítulo trece, especialmente; en ese capítulo pruebo por A mas B que el matrimonio es una cadena pesada, la cual es preciso romper...

MATILDE. Divino!... equinoccial!... Si de esta vez no se convence Amalia!..

CARLOS. Cómo ha dicho usted?

MATILDE. Amalia... asi se llama mi dulce embeleso. (*Llaman fuera con campanilla.*)

CARLOS. (Ay! yo tengo escalofrios!)

MATILDE. Creo que han llamado... (Será ella!)

CARLOS. (Qué será lo que me pasa!)

MATILDE. (*Que ha ido al fondo.*) Ah! es ella, amigo mio, es ella!

CARLOS. Quién?

MATILDE. Mi adorable Amalia, mi ángel de Variedades!

CARLOS. (De Variedades!)

MATILDE. Voy á presentársela á usted... *(Falsa salida.)*

CARLOS. (*Retirándose á un ángulo en primer término.*) (De Variedades!)

MATILDE. (*Viene y le coje la mano.*) No se olvide de que cuento con usted... (*Falsa salida.*)

CARLOS. (*Alejándose de él.*) Bien! Bien!..

MATILDE. (*Vuelve de prisa.*) Dígala usted que puede huir conmigo sin remordimientos. (*Falsa salida.*)

CARLOS. (Amalia!)

MATILDE. (*Vuelve muy de prisa.*) Sobre todo encomie usted y predique con entusiasmo la libertad del amor...

CARLOS. (*Haciendo venir á la escena á Matilde.*) A Amalia?

MATILDE. Sí; hágala usted comprender que su hijo vendrá con nosotros.

CARLOS. Su hijo? tiene un hijo?..

MATILDE. Sí, de dos años.

CARLOS. (*Abatido.*) De dos años!..

MATILDE. (Ya está confundido... démosle el último golpe!) (*Saliendo muy de prisa por el fondo.*)

ESCENA V.

CARLOS.

Un hijo de dos años!.. Amalia!.. Variedades!.. la *Adriana*!.. Y bien!... qué tenemos con todo esto?—Amalia!... qué?... no hay mas Amalias que la mia?—Su hijo!... por ventura no tienen todas las mujeres hijos de dos años?.. es la moda.—Variedades!.. no va todo Madrid á Variedades?—*Adriana*!... hay en la corte quien no haya visto la *Adriana*?.. Ba! ba! ba!.. soy un tonto con mis esclamaciones melodramáticas...

ESCENA VI.

AMALIA.—MATILDE.—CÁRLOS.

MATILDE. Permítame usted, amigo, que le presente el ángel de mis ensueños.

CARLOS. *(Absorto.)* Ah! mi mujer!...

MATILDE. De veras?.. já! já! já!.. *(Amalia sonriéndose se sienta junto á la mesa.)*

CARLOS. *(A Matilde.)* Caballero!... *(A su mujer.)* Señora, qué es lo que dice usted para justificarse?

AMALIA. Justificarme! de qué?

CARLOS. De qué?.. De una traicion tan infame!

AMALIA. Y quién piensa en hacerle á usted traicion?—*(Se levanta.)* Al contrario; vengo con toda sinceridad y franqueza á confesarle á usted que no le amo, y que adoro á Arturo. No es esto muy natural?

CARLOS. *(Furioso.)* (Pero señor, en qué pais vivimos!)

MATILDE. Muy natural... y venimos á despedirnos de usted amistosamente antes de partir para Francia.

CARLOS. Partir! juntos?

AMALIA. Sí.

MATILDE. En la silla de esta tarde.

CARLOS. ¿Pero no sabe usted, señora, que la ley...

MATLIDE. La ley, caro mio, es buena para el vulgo... mas para nosotros los socialistas...

CARLOS. Señor mio, todo español debe obediencia á la ley...

MATILDE. *(Enfadada.)* Hola!

CARLOS. Me dice usted ese *hola* con un tono...

MATILDE. Con el tono que conviene. — Asi son todos... Cuando se quiere poner en práctica su sistema... ellos son los primeros á reconocer sus daños; no solamente prueban que no es preciso hacer lo que ellos hacen, sino que no debe hacerse lo que escriben, porque entre lo que hacen, lo que piensan y lo que escriben, hay mucha diferencia.

CARLOS. Es una leccion, caballero?

MATILDE. Por qué no?

CARLOS. Sepa usted que yo no recibo lecciones de nadie.

MATILDE. Tanto peor para usted, porque empiezo á convencerme de que tiene mucha necesidad de ellas.

CARLOS. Esa es una impertinencia !

MATILDE. Esta es una verdad.

AMALIA. Pero yo no comprendo por qué se alarma usted con las espresiones de Arturo. No piensa usted lo mismo que escribe?

CARLOS. Si señora.

AMALIA. Entonces?...

MATILDE. Entonces?

CARLOS. *(Que no comprende.)* Entonces?...

MATILDE. Entonces... me llevo á su mujer.

CARLOS. Se atreveria usted?...

AMALIA. Por qué no?

CARLOS. *(Con vehemencia.)* Cómo!...

AMALIA. Puesto que no le amo á usted ya...

CARLOS. Pero...

MATILDE. *(Vivamente.)* Puesto que usted la olvida...

CARLOS. Caballero!...

MATILDE. Puesto que ella me ama...

AMALIA. Sí; puesto que yo le amo...

CARLOS. Conque tú... digo, conque usted le ama?

AMALIA. Con toda mi alma.

CARLOS. Horror! horror!

MATILDE. Y le sorprende á usted que me ame?... Ya se acostumbrará usted... con el tiempo, como tantos otros...

CARLOS. Caballero!...

MATILDE. Querida Amalia, dejémosle en sus reflexiones, ya que no comprende todo lo que hay de natural y sublime en nuestra fuga.

AMALIA. No, Arturo: yo no quisiera dejarle para siempre sin obtener su consentimiento.

CARLOS. Mi consentimiento!

MATILDE. Preocupacion!

AMALIA. Sí; preocupacion... es verdad.—En fin, quiero que me autorice usted...

CARLOS. Que yo autorice á usted... á abandonarme... á abandonar á su hijo?...

AMALIA. Oh! no: mi hijo vendrá conmigo.

CARLOS. Cielos!

MATILDE. Seré su segundo padre.

AMALIA. Sí, lo será!

CARLOS. Robarme á mi hijo; robarme á mi Carlitos, que es mi tesoro, mi felicidad, la esperanza de mi vida!... (*Paseándose.*) Ah!... ah!... usted está loca, señora; usted está loca!

AMALIA. Ahora me injuria usted?

MATILDE. Créeme, Amalia; ese hombre es un retoño del antiguo régimen.—Partamos.

CARLOS. Señora, le prohibo á usted que salga.

AMALIA. Esa es una tiranía!

MATILDE. Un vandalismo!

CARLOS. Será lo que usted quiera; pero le prohibo salir!

MATILDE. Me dará usted una satisfaccion!

CARLOS. Cuando usted quiera.

MATILDE. Dentro de una hora!

CARLOS. Sea!

MATILDE. En el Canal junto al tercer molino.

CARLOS. No faltaré!

MATILDE. Armas?

CARLOS. Las que usted quiera.

MATILDE. Ha de ser un combate á muerte!

CARLOS. A muerte!!

MATILDE. Querida Amalia, haz tus preparativos mientras que yo en un dos por tres despacho á ese hombre. Asi que estés viuda, volveré por tí, coge-

remos al chico, y á las seis sin falta nos meteremos en la silla correo... Adios, querubin.—(*A él.*) A muerte!

CARLOS. Al diablo!

MATILDE. (*Volviendo.*) A muerte!!!

ESCENA VII.

AMALIA.—CARLOS.—EL CRIADO.

CARLOS. Fátuo!... insolente!—*(Llamando al criado que sale.)* Francisco!... Francisco!... tráeme al momento una levita, mis pistolas, y el sombrero. —(*A ella.*) Qué dice usted? Eh?... *(Al criado que vuelve con lo dicho.)* Trae... Vete!

ESCENA VIII.

AMALIA.—CARLOS.

CARLOS. Usted, señora, me cree tan tonto que se imagina que me dejaré enredar en esta miserable comedia?

AMALIA. Comedia?

CARLOS. No sabiendo cómo disimular tan culpables amores, ha querido usted prevenirme... taparme la boca oponiéndome mis escritos...

AMALIA. Y aun cuando asi fuese...

CARLOS. (*Remedándola.*) Y aun cuando así fuese?... Confieso, señora, que esto haria mucho honor á la imaginacion de usted.

AMALIA. En verdad, caballero, que cualquiera creeria que estaba usted celoso!...

CARLOS. Celoso yo! ahora me insulta usted?

AMALIA. Ah! es insultar á usted, decirle... usted perdone, señor don Cárlos... Pues si no tiene usted celos, por qué se incomoda asi?...

CARLOS. (*Dice todo esto con ira creiente y tratando de aparentar mucha calma.*) Por qué?... yo celoso!... Yo, que tanto he escrito contra esa pasion egoista y absurda?... no señora... no estoy celo-

so!... No he podido librarme de un impulso involuntario, maquinal, instintivo, como el que hace el cuerpo cuando dá un mal paso; pero he recobrado toda mi fuerza moral, toda mi calma, en fin... mi estoicismo!

AMALIA. Lo celebro; y en su consecuencia... beso á usted la mano.

CARLOS. A dónde vá usted?

AMALIA. Los preparativos de mi marcha...

CARLOS. Su marcha?.. Oh! le juro á usted que no partirá. *(Cierra y guarda la llave en su chaleco.)*

AMALIA. La mujer es libre, caballero... Usted lo ha proclamado, lo ha impreso y lo ha firmado.

CARLOS. Señora, esas teorías...

AMALIA. Esas teorías son soberbias... únicamente falta para que el mundo no dude de su conciencia literaria, que me deje ponerlas en práctica... Créame usted. *(En toda esta escena Cárlos corre maquinalmente, no hace mas que ponerse yquitarse la levita, el sombrero y el chaleco; todo de un modo cómico.)*

CARLOS. Señora, yo no soy el juguete de sus sarcasmos. Se engaña usted lastimosamente si cree que voy á permitirla que haga lo que quiera; si cree que un marido no es mas que el frio espectador de la conducta de su mujer.

AMALIA. *(Cojiendo uno de los manuscritos de la mesa de Cárlos y leyendo con sarcasmo.)* Qué es el hombre?

CARLOS. El gefe de la familia; es el amo!...

AMALIA. *(Idem.)* «Es un animal estúpido! que al casarse no toma mujer sino para condenarla á educar sus hijos.»

CARLOS. Señora...

AMALIA. *(Leyendo.)* «Es un tirano!..»

CARLOS. Señora, yo me he casado con usted para que me ame á mí esclusivamente...

AMALIA. «Pretender que su esposa le ame á él esclusivamente, es un egoismo!

CARLOS. Y no para amar á otros.

AMALIA. «Creer que él solo basta á la felicidad de su compañera...»

CARLOS. Dejar así mis manuscritos!... qué imbecilidad!

AMALIA. Sí, eso... es una imbecilidad.—Tiranía, egoismo, imbecilidad... los tres epítetos están escritos. Véalo usted...

CARLOS. (*Turbado.*) Ah! es usted muy feliz, no es verdad? teniendo un ligero pretesto que oponer á mi justa cólera?

AMALIA. Cómo!... me afeaba usted que permanezca estacionada en mis preocupaciones de la infancia, y se incomoda cuando me apresuro á aprovechar la ocasion de... despreocuparme!

CARLOS. (*Con el sombrero puesto, y la levita en la mano, cruzando los brazos.*) Pero, señora...

AMALIA. Pero, caballero... Ante todo advertiré á usted que permanecer delante de una señora en mangas de camisa, y con el sombrero puesto, es aparecer de un modo tan inconveniente como ridículo...

CARLOS. Es que... señora... hace una hora que busco mi levita... y...

AMALIA. Y la tiene usted en la mano!

CARLOS. Ah! no la habia visto.

AMALIA. (*Riéndose.*) Qué distraccion!

CARLOS. Me escuchará usted al fin?

AMALIA. No se detenga usted, porque Arturo me espera.

CARLOS. Que Arturo la espera!.. Amalia! Amalia!.. ha reflexionado usted bien lo que va á hacer?... Usted exajera demasiado las consecuencias de mi... de mi doctrina... No es tan perniciosa como...

AMALIA. Perniciosa?.. qué disparate! Es la doctrina de la verdadera libertad!

CARLOS. De la?..

AMALIA. De la verdadera libertad.

CARLOS. Linda palabra! (*Se acaba de poner la levita.*) Por último, mi sistema...

AMALIA. Emancipa á la mujer, no es verdad?

CARLOS. Sin duda; pero con todo, pertenece á su marido... es su propiedad. (*Rodeándola con sus brazos.*)

AMALIA. La propiedad es un robo en el sistema de usted; y ademas en el matrimonio el amor es quien gobierna, y el amor le expropia á usted por razon de utilidad pública.

CARLOS. Amalia... (Como la diré...) Mira, Amalia mia... algunas veces se escribe de una manera, y... y... se...

AMALIA. Y se piensa de otra!

CARLOS. No... no... siempre se piensa como se escribe... Pero... frecuentemente... ya ves tú... porque... por ejemplo... se le ocurre á uno una idea original, y dice «he aquí una idea original, una frase de efecto.» Y no obstante en la aplicacion... Por supuesto que si se creyese que la moralidad... Oh! nunca! nunca! porque las costumbres... las costumbres ante todo... Pero la chispa... la reputacion, la imaginacion sobre todo hacen que... Y por esto sucede que las mas de las veces, cuando se escribe una cosa... Me comprendes?

AMALIA. *(Friamente.)* Ni una palabra.

CARLOS. Digo... digo que el deseo de inventar... de crearse un nombre... de distinguirse, hace que la pluma marche muchas veces...

AMALIA. Sin el corazon?

CARLOS. Esto es!

AMALIA. Sí; pero usted... usted es un génio verdaderamente superior, y en nada se parece al vulgo de los escritores.—Hablando francamente, nosotros no habiamos nacido el uno para el otro. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio era yo una criatura estremadamente... prosáica. Para mí consistia la felicidad en vivir ignorada entre mi familia, al lado de un marido que no me desagradaba, y de un hijo que era mi ídolo... Qué estupidez! Me habian educado asi, y la culpa de consiguiente no era mia. Mas ahora que he estudiado con detenimiento las obras de usted; ahora que me he alimentado en esos principios, tengo, gracias á usted, una educacion nueva... porque ha desarrollado usted mi inteligencia... Conozco que el corazon debe siempre ser independiente, que el matrimonio es una cadena que es necesario romper desde el momento en que se hace pesada; que el amor es una llama volcánica que nunca podrá estinguir el aliento glacial de un marido.

Ya es tiempo de que la mujer sea libre; que ceda á sus inclinaciones, á sus gustos, á sus pasiones... en una palabra, que sea emancipada... Y yo me emancipo.—Ya lo vé usted, señor don Cárlos Quevedo, comprendo á usted, lo admiro, lo apoyo, y... lo abandono para siempre.—Beso á usted la mano.

CARLOS. Con que se vá usted?

AMALIA. A menos que usted no tenga alguna cosa que decirme...

CARLOS. No señora, no tengo nada...

AMALIA. Deme usted la llave.

CARLOS. El qué? (*La busca en los bolsillos figurando que no la encuentra; pero ella le señala el bolsillo del chaleco. La saca y se la dá.*)

AMALIA. La llave... aquí.—Adios, caballero.

CARLOS. Ah!!!

AMALIA. Qué dice usted?

CARLOS. Nada!

AMALIA. Nada?... pues adios!

CARLOS. (*Al oir la cerradura.*) Deténgase usted! Amalia!... Amalia!... ah! ríase usted de mí; despréciemo usted; no puedo disimular mas tiempo!.. Es preciso que hable á usted con el corazon en la mano. Inútilmente trato de convencerme de mis escritos; inútilmente trato, como un hombre que se ahoga, de asirme á todos los restos flotantes de mi pobre sistema... Constantemente oigo una voz que me grita: estúpido! estúpido!! estúpido!!!—Pues bien, tendré el valor necesario para reconocer mi ridículo. Cuando hace poco decia que nada habia escrito sin conviccion, te mentia á tí, me mentia á mí mismo... era un loco! un insensato! Pero ahora te digo con todo mi juicio, Amalia, con toda mi sinceridad, con todo mi amor... te juro por mi honor que reniego, que repudio para siempre mis locos sueños... Existe una felicidad que prefiero á las demas, y esta felicidad es el cariño de mi hijo; una dicha positiva, que quiero cien veces mas que la celebridad, la reputacion y la gloria, y esta dicha es todo tu amor... Y si es preciso darte pruebas evidentes de la fran-

queza de mis palabras... *Emancipacion de la mujer: Tratado moral del divorvio: Libertad del amor:* quémalo todo; rómpelo todo; destrúyelo todo... consiento en ello, lo quiero... Pero por piedad, Amalia, por piedad... Oh! no partas, no me dejes... porque tengo celos y te amo! (*De rodillas.*)

AMALIA. A mis piés?... Con que el soberbio se humilla? Ay! no nos ha costado poco trabajo!

CARLOS. Qué es lo que dices? (*Levantándose de repente.*)

AMALIA. Que no mereces los disgustos que nos cuestas para volverte el juicio.

CARLOS. Es decir... que no quieres á ese jóven?

AMALIA. Sí, lo quiero... con todo mi corazon.

CARLOS. Cómo!

AMALIA. Y tú tambien le querrás.

CARLOS. Yo?...

AMALIA. Y le darás las gracias.

CARLOS. Yo!!

AMALIA. Y le abrazarás ademas.

CARLOS. Yo... yo le mataré, señora... le mataré.

AMALIA. No lo creas.

ESCENA IX.

Dichos.—MATILDE, *aparece en su traje de mujer, á la puerta izquierda, y escucha.*

CARLOS. Con que esa resistencia á mi voluntad...

AMALIA. Era una prueba.

CARLOS. Y la fuga en la silla correo?

AMALIA. Otra prueba.

CARLOS. Y el desafio?

MATILDE. (*Bajando á la escena.*) Prueba tambien!

CARLOS. Qué veo! el pollo es...

MATILDE. Una gallina.

AMALIA. Mi buena amiga Matilde Diaz...

CARLOS. Esa actriz tan renombrada...

AMALIA. Sí; esa actriz que ha venido de Andalucia, para darte una leccion.

CARLOS. Conque es usted una mujer?... Está usted bien segura de ello?

AMALIA. Muy segura.

CARLOS. Ah! no en vano dicen que es usted la perla de nuestras actrices.

ESCENA X.

Dichos.—EL CRIADO *con pruebas de imprenta.*

CRIADO. Señor, la *Emancipacion de la mujer*... en pruebas.

CARLOS. Las entrego á ustedes: repártanse mis despojos, y rompamos juntos *Las obras de Quevedo... Don Cárlos. (Los tres rompen las pruebas en pequeños pedazos.)*

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 6 de Junio de 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

Benavides.